

Elena Fortún

Celia, lo que dice

Prólogo de Carmen Martín Gaité
Dibujos de Molina Gallent



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Índice

- 9 *Pesquisa tardía sobre Elena Fortún*, por Carmen Martín Gaité
- Celia, lo que dice
- 57 Noche de Reyes
- 62 El día de San Antón
- 67 Miss Nelly
- 71 Mamá se va
- 74 La Cenicienta
- 78 Promesas sin cumplir
- 83 En casa de María Teresa
- 88 La carabela *Santa María*
- 93 El museo del negro
- 98 En busca de la madrina
- 104 El modelo de París
- 108 ¿Es pecado mentir?
- 113 Corte de pelo
- 118 El aeroplano pequeñito
- 124 Los planes de Antoñito
- 131 El milagro
- 136 ¡Mamá es un hada!
- 141 *Dalila*
- 146 La perfecta Florita
- 152 ¡Ha llegado el niño!
- 157 El centro de la Tierra
- 162 El baño y el bañero

- 166 Doña Benita
171 Una tarde en la visita
177 Los cachorros de *Dalila*
181 La noche en el jardín
187 El abuelo de Carlotica
193 La compra de la ermita
199 El duende
205 Me pongo a servir
211 Encerrados
217 El pobre *Domingo*
222 En casa de tía Julia
228 El colegio francés
234 El hada en el sotabanco
240 El cuento chino
246 En el teatro
252 El día de mi santo
259 Maimón, el morito
264 El peso de Baby
269 *Alfredo*, el pájaro bueno
275 El borriquillo
281 Los tres regalos
287 ¡¡Adiós!!

Pesquisa tardía sobre Elena Fortún

Muchos de los niños españoles nacidos antes de la Guerra Civil, que crecimos acompañados por Celia y su hermano Cuchifritín, al ver años más tarde que también nuestros hijos disfrutaban con el relato de sus andanzas, nos quedábamos en blanco si se les ocurría preguntarnos quién fue o dónde estaba ahora esa Elena Fortún que escribió unos cuentos tan preciosos. Yo también se lo había preguntado a mi padre al principio de los años cuarenta, cuando empezaron a dejarse de publicar en la editorial Aguilar títulos de la serie. ¿Qué había pasado? Y él se encogió de hombros. «No sé –dijo–, supongo que le pillaría en zona republicana (mi padre nunca decía «zona roja») y se habrá exiliado, como han tenido que hacer muchos escritores.» Así era, en efecto, según supe hace relativamente poco, cuando Elena Fortún, que me había hecho pasar ratos tan deliciosos en la infancia, ya se había muerto. La Guerra Civil, que quebró el hilo de tantas historias, había marcado a

fuego la de esta señora e interrumpido, como consecuencia, las que nos contaba sobre Celia y su hermano.

Las aventuras y desventuras (en el colegio, en casa y durante las vacaciones) de aquella niña rubia, preguntona e intrépida, nacida en Madrid poco antes de la República, fueron apareciendo compendiadas en sucesivos volúmenes de la editorial Aguilar a lo largo de los años treinta, y tuvieron un éxito fulminante. A medida que Celia crecía, le iba dejando sitio y voz a su hermano Cuchifritín, que la imitaba un poco, aunque nunca le fue a la zaga en ingenio. Y todos los niños de la época esperábamos con avidez nuevas noticias de los desplazamientos, vicisitudes, amistades y fantasías de los populares hermanos Gálvez, siempre empeñados en arreglar el mundo.

Aquellos libros cuadrados de tapa dura, ilustrados primero por Molina Gallent y luego por Serny, cuya primera edición constituye hoy una rareza bibliográfica, circulaban por todas las casas sobados, releídos, desencuadrados, a veces con calcomanías pegadas en la primera página y las ilustraciones coloreadas con lápices Faber. No habían nacido con vocación de vitrina. Son los volúmenes que años más tarde entregamos a nuestros hijos para que los acabaran de romper con salud, que es en lo que consiste el verdadero disfrute de las cosas. Celia y Cuchifritín se salían del libro para jugar con nosotros a cosas prohibidas en nuestros cuartos «de atrás», entre tinteros destapados, revoltijo de juguetes, cuadernos de dibujo y libros de texto; nos escondíamos debajo de las mesas y de las camas cuando oíamos por el pasillo pisadas enérgicas de las personas mayores y cuchicheábamos hablando mal de ellas, comentando lo que se aburrían y

Celia, lo que dice

Celia ha cumplido siete años. La edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores.

Celia es rubia; tiene el cabello de ese rubio tostado que con los años va oscureciéndose hasta parecer negro. Tiene los ojos claros y la boca grande. Es guapa. Mamá se lo ha dicho a papá en secreto, pero ella lo ha oído.

No se envanece por tal cosa. Es seria, formal y reflexiva, razonadora... Porque, ¿de qué serviría haber alcanzado la edad de la razón sino sirviera para razonar?

Así, pensando y pensando, ha entendido que, siendo los mayores tan grandes y tan ásperos, tan diferentes en todo a los niños, no pueden comprender nada de lo que los niños piensan o hacen.

¡Pero vaya usted a quitarle de la cabeza a una persona mayor que es ella la que debe mangonear!

Que se queda Celilla con los ojos muy abiertos, contemplando los leños que arden en la chimenea, pues dice

mamá: «Juana, acueste usted a la niña, que se está durmiendo». Que al coger una porcelana de la vitrina se cae y se rompe, ¡Dios mío, qué escándalo y qué regañina!... Como si ella no lo sintiera más que nadie.

Algunas veces está triste (¡le dan tantos disgustos!), y tiene tanta pena que, aunque haya llorado mucho, los sollozos la ahogan todo el día. Entonces, los mayores dicen: «¡Dios quiera que nunca tengas que llorar por algo más grande!». Y en seguida: «Feliz edad!... ¡Qué dichosos son los niños!».

¡Dichosos! Ellos sí que lo son, que se van a la calle cuando quieren, se acuestan cuando les parece bien, comen lo que les gusta y rompen lo que se les cae, sin que nadie acuda a darles azotes.

¡Y qué tono se dan! «Cuando las personas mayores hablan, los niños no rechistan.» «A los mayores no se les contradice nunca.» En la mesa: «A comer y a callar».

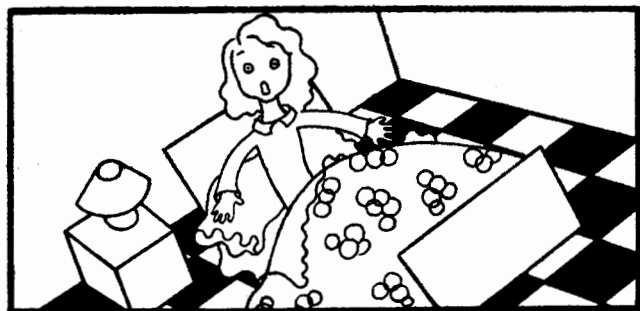
No sé adónde llegarían las cosas si hubiera que callarse siempre.

Felizmente, ella tiene siete años. ¡La edad de la razón! ¿Será por haber pasado de esa edad por lo que los mayores no comprenden las cosas más sencillas?

¡Y es inútil explicárselas! Sin embargo, Celia siente la necesidad de decirlo todo, y va a contar todos los menudos incidentes de su vida inquieta, que para los que tengan su edad serán claros y transparentes, y un poco absurdos para las personas mayores, tan intolerantes e injustas casi siempre.

Escuchad.

Noche de Reyes



Me desperté asustada, y oí como si un gato estuviera arañando las maderas del balcón. ¡Los Reyes Magos!

Entraba la luna por las rendijas, y entraba el frío también...

De buena gana me hubiera levantado a ver lo que ocurría, pero ¡me daba un miedo!... Me tapé la cabeza y empecé a rezar.

«Jesusito de mi vida,
tú eres niño como yo...»

De repente, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, un ruido terrible de cosas que caen sobre el balcón..., y me encuentro en camisa, delante de un señor negro con corona, que está sentado en la barandilla.

—¡Dios te salve, Celia! —me dice.

—Que Dios te salve a ti, Rey Negro, porque si no, te caerás a la calle.

-Yo no me puedo caer, porque no peso.

-¡Qué bien! Entonces podrás volar.

-¡Ya lo creo! Mira.

Y cogiendo las puntas de la capa blanca que llevaba, se marchó volando por la calle arriba.

-¡Eh! ¡Eh! ¡Rey Negro! ¡No te vayas!

-Ya estoy aquí. ¿Qué quieres, Celia?

-Que no te marches sin dejarme los juguetes que te he pedido en mi carta.

-¿No los ves?

¡Qué tonta! Estaba el balcón lleno de cajas, y yo no había visto nada entonces.

-¿Me has traído la cocina?

-Sí, dos cocinas.

-¿Y el borrego?

-Un borrego y una cabra.

-¿Y el *Teddy Bear*?

-También.

-¿Y la vajilla?

-La vajilla, y un reloj, y cazolitas, y libros, y rompecabezas, y una raqueta...

-¡Huy, qué bueno eres! Y ahora que me fijo en ti..., ¡cuánto te pareces al lacayo de tita Julia!

-¡Como que es mi hermano!

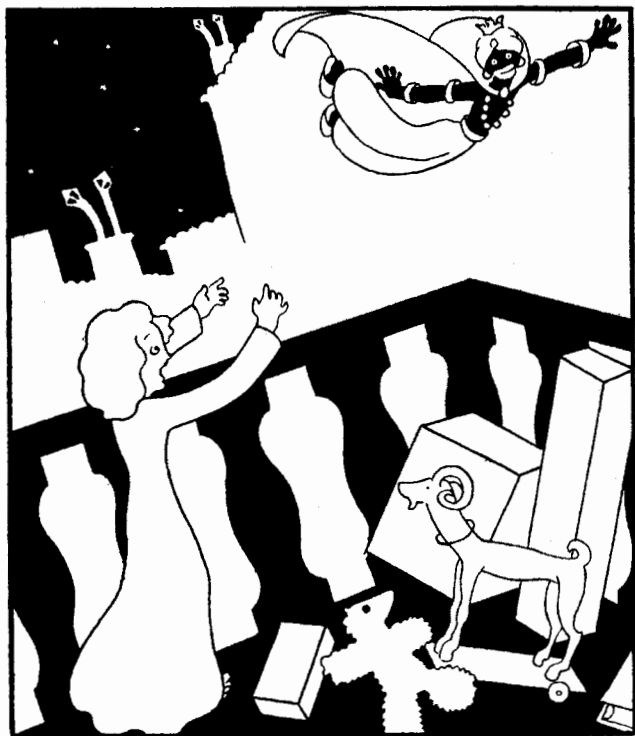
-Anda, si lo sé antes le doy a él la carta para que te la lleve, y así me hubieras traído más cosas aún...

-¿Te parecen pocas?

-No, no; no son pocas. Pero te hubiera dicho que no te olvidarás de Solita, la niña del portero.

-No me olvido nunca.

-Pues hijo, el año pasado no le trajiste nada.



-Sí, le traje; pero te quedaste tú con ellos...

-¡Jesús, qué mentiroso!

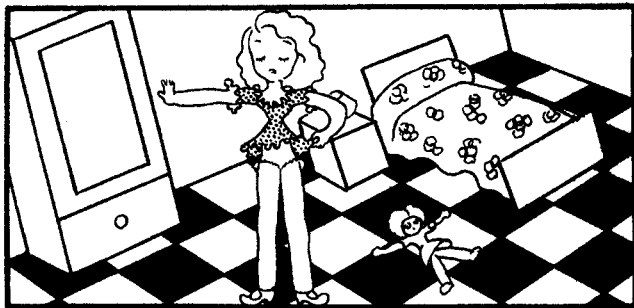
-¡Niña! ¿Cómo hablas así a un santo?

-¡Ay, Rey Negro! Perdóname; pero no sé cómo decirte que no dices la verdad...

-Sí, digo la verdad. ¿No crees que es demasiado para ti todo lo que te he traído por orden de Dios?

-No sé...

El modelo de París



Mamá encontró el otro día, revolviendo en el armario de mi cuarto, un vestido azul. En seguida llamó a Juana.

–Ponga usted a la niña este vestido.

–Es muy feo... –dije yo.

–Las niñas se callan.

–Bueno, pues que se callen las niñas; pero yo digo que ese vestido es feo, y viejo, y no es mío.

–¿Pero te quieres callar? –dijo mamá, muy enfadada.

Me callé, y Juana me puso el vestido, que estaba muy arreglado. Era tan pequeño, que las mangas me llegaban al codo y el borde de la falda al ombligo.

–¿Ves como no es mío?

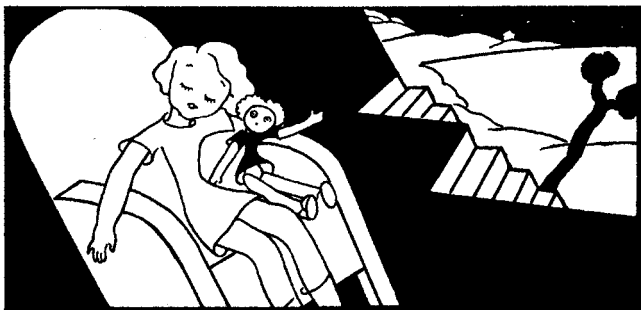
–¡Jesús! ¡Lo que crece esta criatura!

–No crezco.

–¡Siempre llevando la contraria! ¡Eres insoportable!

–No crezco. Ni mis muñecas tampoco; y si crecieran me pondría muy contenta y no las reñiría como tú a

La noche en el jardín



Después de cenar salí al jardín a buscar mi muñeca, que se había quedado sentada en el sillón de mimbre.

Había luna y claridad azulada como en el teatro. Dentro hacía calor, y me senté un poco con Julieta en brazos.

¡Qué sueño! Ya vendría Juana a acostarme...

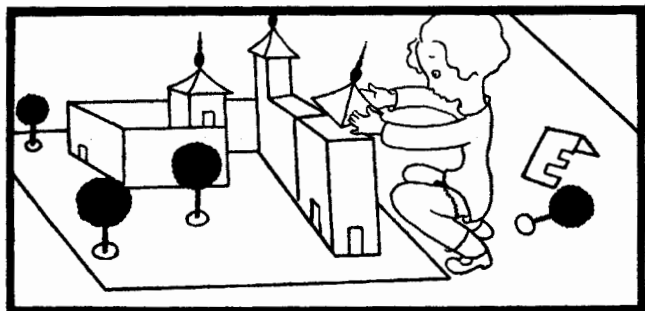
Me desperté con frío... Casi no sabía dónde estaba... ¡Qué de noche era! La luna se estaba mirando en el estanque con su cara de boba. No se oía nada. Pero ¿por qué no me habían acostado?

El cisne se paseaba despacito por el agua, y *Pirracas*, con otros dos gatos, daba saltos entre las flores... Entonces vino volando la cigüeña de la torre y se posó cerca del estanque.

—¡Buenas noches, señor Cisne! ¿Qué tal lo pasa usted por este jardín?

—Regular nada más, señor Cigüeño. Ha de saber usted que aquí hay una niña muy molesta que se llama Celia.

Me pongo a servir



Papá y mamá hablaban sentados en la terraza, y yo jugaba a hacer casitas a su lado.

—Este año hemos gastado mucho —decía papá—. El viaje a París y la estancia en Suiza ha subido un poco...

—He tenido yo la culpa —contestaba mamá—. La visita a los modistos me hizo perder un poco la cabeza... Luego, tú me animabas a comprar...

—¡Claro, mujer! Y estoy muy contento de que lo hicieras. ¡No faltaba más!... Ahora llega el invierno y normalizaremos los gastos y el trabajo... ¡Hay que trabajar de firme!...

¡Pobre papá, qué bueno es y cuánto le quiero!

—Dime, papaíto, ¿no podría trabajar yo también? Así los dos ganaríamos dinero...

—¡Mira, no está mal la idea! ¿Y qué es lo que tú sabes hacer?